

LA CULTURA EN LA COMUNIDAD MODERNA

Dimensión cultural del medio ambiente: conciencia y expresión¹

D. Paul Schafer

Una comunidad es como un espejo hecho pedazos. Cada persona posee un fragmento que le basta para verse reflejada en él. Pero nadie tiene un pedazo lo bastante grande como para que le ofrezca el reflejo del conjunto de la comunidad.

El medio ambiente tiene una dimensión cultural cuyo conocimiento nos permite incorporarnos en cualquier sitio a la tarea de recomponer el espejo roto de la comunidad.

Las comunidades son algo apasionante. Varían por su tamaño, desde la pequeña aldea hasta la urbe tentacular; pero todas ellas están llenas de interminables perspectivas de imágenes visuales, sonidos, olores, materiales, gustos, formas, estructuras, misterios e intrigas de las más variadas especies. Proporcionan así, tanto a sus residentes como a sus visitantes, posibilidades infinitas de experiencia y deleite. Y sin embargo, las comunidades tropiezan en todas partes con dificultades

¹ El presente artículo se basa en una obra de investigación muy detallada, que el autor ha dirigido por cuenta del ministerio de Cultura y Esparcimiento de la provincia de Ontario (Canadá). Esta obra, que comprende estudios realizados en cuatro comunidades de Ontario, será publicado en breve bajo el título *Explorations in culturoscapes: a cultural approach to community development*. El autor expresa aquí su agradecimiento al ministerio por haberle autorizado a servirse de ella en la preparación del presente artículo. Agradece también al redactor jefe de *Culturas*, Sr. G.S. Métraux, sus valiosas sugerencias relativas a la redacción del mismo.

graves. Debido al rápido aumento de la población, a la emigración desde las áreas rurales hacia las áreas urbanas, a la contaminación incontrolada, a la congestión del tráfico, al apiñamiento de los habitantes, a la naturaleza de la tecnología contemporánea y a los excesos de los sistemas económicos, se corre cada día más el peligro de que desaparezcan muchos de los aspectos más gratos y provechosos de la vida comunitaria. La verdad es que, si no se adoptan las debidas precauciones y si no se pone prisa en adoptarlas, es fácil que la vida de las comunidades se convierta pronto en una pesadilla.

Para que la vida local resulte grata y no penosa, es imprescindible que se cumplan dos condiciones. En primer lugar, tenemos que tratar a nuestras comunidades como entornos globales, no como una serie de entornos parciales, ya que este es el único procedimiento para poder calcular bien los costos y los beneficios de diversa índole que sus cambios entrañan. En segundo lugar, tenemos que crear instrumentos que permitan a los ciudadanos articular sus necesidades y participar de lleno en la tarea de configurar todos los aspectos de la vida local. Tenemos que adoptar un enfoque cultural del desarrollo comunitario. Por fortuna, el estudio de la dimensión cultural del medio ambiente satisface esas dos condiciones, que son de imperativo cumplimiento si queremos que la vida sea mañana algo admirable.

Las comunidades como entornos globales

A lo largo de la historia, el planteamiento del desarrollo comunitario se ha hecho casi siempre de manera parcial en vez de global. Y así es como la vida comunitaria ha estado a veces dominada por una sola actividad especializada, lo que limitaba la visión que se tenía de su desarrollo.

En la Edad Media, el enfoque era primordialmente religioso. De aquí que la iglesia se convirtiera en el foco y la institución dominante de la comunidad. No solamente todos los caminos llevaban a la iglesia o venían de ella sino que, además, la iglesia se elevaba —en el sentido físico de la palabra— por encima de la comunidad, creando con ello una sensación de dependencia psíquica entre los habitantes. Incluso el tañido de las campanas desempeñaba en esto su papel, definiendo los límites exteriores de la comunidad: vivir en un lugar desde el que se oían las campanas de la iglesia, era vivir en el interior de la comunidad; vivir en un sitio adonde no llegaba su repique, era vivir fuera de ésta.

En los días del Renacimiento, el enfoque se secularizó y se hizo pri-

mordialmente social. En el aspecto meramente físico, la plaza sustituyó a la iglesia como centro de la vida comunitaria. Así como la iglesia era algo sagrado, la plaza era algo profano. La primera estaba destinada a cumplir funciones de orden religioso; la segunda, de orden social. La plaza no era solamente un lugar propicio para encontrar a los amigos y matar las horas; lo mismo que la iglesia, tenía además por misión exaltar e inspirar a la población. Al ser utilizada como el sitio donde tenían lugar las ceremonias y se celebraban los acontecimientos cívicos, estrechaba los contactos personales y robustecía así los vínculos sociales entre los habitantes.

En la actualidad, las comunidades están destinadas a desempeñar funciones económicas. Su finalidad primordial consiste en satisfacer las necesidades de la industria, el comercio y los negocios. Hasta los términos que solemos emplear: zona industrial, distrito residencial, ghetto, viviendas obreras, barrio burgués o de clase media, son reveladores de la sombra económica que se cierne sobre las perspectivas comunitarias de nuestros días.

Los efectos negativos de esta orientación exclusivamente económica aumentan, por desgracia, de día en día y amenazan desbordarnos por todas partes. Las muchedumbres afluyen en busca de trabajo a las comunidades grandes y chicas, especialmente a medida que las oportunidades económicas van desapareciendo de las zonas más remotas bajo la presión de los cambios tecnológicos. El resultado es un apiñamiento excesivo, con sus secuelas de problemas higiénicos y sanitarios. Con el fin de reducir los costos de transporte y gozar las ventajas de un emplazamiento en la inmediata proximidad de los florecientes centros de negocios de las ciudades, cada vez son más numerosas las empresas que se instalan en los suburbios creando así grandes problemas urbanísticos y apretando el cinturón fabril en torno a los barrios centrales de la mayoría de las comunidades. El incremento de las industrias supone el incremento del tránsito, ya que hace necesarios más camiones y furgones para transportar los productos. El resultado es un crecimiento astronómico de la circulación en las calles de las ciudades, como consecuencia del cual aumentan los gastos de mantenimiento y surge la congestión del tránsito, acompañada de problemas graves de transporte y de comunicación. Debido al tremendo desarrollo de todos los tipos de transporte y a la ubicación de las industrias en las áreas urbanas o en sus proximidades, se plantean serios problemas de contaminación. Una capa mugrienta envuelve los edificios, y una sólida masa de *smog* se instala sobre las comunidades, privándolas cada vez más de la luz del sol. Simultáneamente, la contaminación afecta el aspecto estético de la comunidad, deteriorándolo. Y esto no es todo.

La comunidad se escinde progresivamente desde el momento en que un sector económico de la población intenta protegerse de los efectos de la industrialización o de la intrusión tenaz de otras clases económicamente menos afortunadas. ¿Con qué resultado? Que la comunidad se compartimenta y se fragmenta, lo que engendra un deterioro grave de su integridad emocional y moral. La alienación alcanza proporciones alarmantes a medida que un número cada vez mayor de personas pierden el contacto con su entorno y se convierten en seres sin semblante en medio de una muchedumbre solitaria. ¿Y qué es lo que viene a ocupar el lugar de la iglesia, o el de la plaza, en el corazón físico de la vida comunitaria? Lo más probable es que las remplace una fábrica, una elevada chimenea, o la sede de un banco, de una compañía de seguros o de una empresa multinacional, alzándose por encima de la comunidad y empinándose casi hasta el cielo.

Por supuesto que el problema reside aquí en el hecho de que, al elaborarse los planes para el desarrollo de la comunidad, rara vez son tenidos en cuenta los numerosos efectos secundarios que el crecimiento económico produce. Los cálculos se hacen demasiado a menudo en términos de pura economía: se trata de que los beneficios económicos compensen sobradamente los costos; y así, la transformación de la comunidad tiene lugar sin la menor consideración hacia sus consecuencias sensoriales, estéticas, sociales o humanas. Lo que se pasa demasiadas veces por alto es el hecho de que la relación entre los seres humanos y su entorno es una relación interactiva y recíproca: si las actividades humanas afectan en profundidad al medio ambiente, éste afecta a su vez, al mismo tiempo, a los seres humanos. Y es que toda acción es una incitación al desquite: si los hombres tratan inconsideradamente al medio en el que viven, o dejan de tener en cuenta los efectos que los cambios socioeconómicos producen sobre él, el entorno devolverá el golpe perjudicando a los hombres en una forma u otra; así, los ambientes contaminados arruinan el humor de las gentes y las desmoralizan, al mismo tiempo que destruyen la calidad estética de la existencia comunitaria. Evidentemente, lo que hace falta es que el cálculo de costos y beneficios se extienda a todas las dimensiones de la vida de la comunidad. No se trata de hacer ninguno de los cálculos que son tradicionales en este tipo de análisis, sino de recurrir a un modo nuevo de calcular que considere las comunidades como entornos globales. Afortunadamente, el concepto de la dimensión cultural del medio ambiente suministra una base ideal para este tipo de cálculos, ya que tiene en cuenta a las comunidades como entidades totales constituidas por una multitud de componentes diversos: sociales, políticos, económicos, estéticos, religiosos y humanos.

MÉTODOS DE INTEGRACIÓN Y DE PARTICIPACIÓN

Para que las comunidades alcancen niveles deseables de desarrollo, resulta decisivo elaborar métodos de integración y de participación que puedan ser aplicados, tanto por los ciudadanos como por los especialistas, para el perfeccionamiento colectivo de la sociedad. Dos fenómenos de singular importancia llamarán, sin embargo, la atención de cuantos se interesen por el aspecto práctico y metodológico del desarrollo comunitario. En primer lugar, la carencia de métodos eficaces que los ciudadanos en general puedan emplear a efectos de participación, hasta el extremo de que el ciudadano medio se encuentra actualmente excluido del desarrollo comunitario. En segundo lugar, el contraste entre la relativa abundancia de los métodos que se dan en el campo científico y que son aplicables para el logro del desarrollo comunitario, y la escasez de los métodos que se dan en el campo de las artes y que pueden ser aplicados con fines similares.

El primero de estos fenómenos, es decir, la carencia de métodos eficaces utilizables por los ciudadanos en general para promover el desarrollo comunitario, resulta comprensible si tenemos en cuenta que este desarrollo constituye un tema que se estudia desde hace relativamente poco tiempo. En disciplinas de tipo más clásico —tales como el desarrollo económico, social, educativo o político—, las técnicas metodológicas suelen ser más abundantes, y además están mucho más perfeccionadas, de modo que se trata generalmente de aplicar a situaciones específicas unas técnicas ya existentes, para extraer enseñanzas de los resultados obtenidos. En cambio, en materia de desarrollo comunitario, de lo que se trata por ahora es de elaborar una serie de métodos innovadores capaces de lograr la integración de los numerosos y variados elementos de la vida local, así como de estimular la participación activa de los ciudadanos en todo el proceso.

El segundo fenómeno, es decir, el funesto desequilibrio existente entre la abundancia de métodos científicos y la escasez de métodos artísticos, plantea un problema igualmente serio.

Por regla general, las técnicas elaboradas en la esfera científica —tales como el análisis de las observaciones, la experimentación, el muestreo, las entrevistas orientadas o no, los estudios presupuestarios, las encuestas sobre actitudes y los sondeos de opinión— han alcanzado ya un alto grado de refinamiento. Pero, por desgracia, son de carácter principalmente descriptivo y resultan mucho más adecuadas para exponer problemas que para dar soluciones. Aportan, por consiguiente, pocos elementos verdaderamente valiosos para hacer frente a las necesidades de la comunidad, de manera que existe todavía una

distancia muy grande entre el conocimiento del problema y su solución. Además, esas técnicas están destinadas en su mayoría a ser utilizadas por profesionales, lo que no permite participar en su aplicación más que a unos pocos investigadores, expertos y especialistas.

Comparadas con ellas, las técnicas elaboradas en el ámbito artístico se encuentran todavía en pañales. Ciertamente, la historia nos enseña que muchos artistas han sido extremadamente sensibles a la calidad estética de las comunidades y han consagrado gran parte de su obra a describir detalladamente diferentes aspectos de las mismas: acuden en seguida a la memoria el recuerdo de Brueghel, con sus agitados escenas de fiestas y episodios de la vida rural holandesa; el de Canaletto y Guardi, con sus representaciones de Venecia, tan llenas de colorido; el de Zola, con sus descripciones de los colores subidos de tono y los aromas acres de París; el de Turgueniev, con sus increíbles retratos de la vida rusa; el de Renoir y Whistler, con sus cautivadores paisajes urbanos y escenas callejeras. Y el compositor inglés Coates inmortalizó tres comunidades inglesas —Covent Garden, Westminster y Knightsbridge— en una de sus obras musicales. Pero, aunque los artistas han solido captar con éxito el carácter estético de las distintas comunidades para legárselo a la posteridad, no han conseguido elaborar los métodos artísticos que son urgentemente necesarios para valorar la situación de las comunidades desde el punto de vista estético: unos métodos que puedan utilizar también los ciudadanos para mejorar la calidad estética de sus entornos respectivos. En resumen: los artistas no han proyectado las artes en el entorno tanto como para que éstas puedan empezar a influir en las actitudes de la población y en las decisiones de los políticos. Las artes siguen aprisionadas entre los muros institucionalizados de las galerías, de los museos, de los teatros, de las salas de conciertos y de los centros culturales, dejando así de convertirse, como debieran, en uno de los ingredientes del proceso de planeamiento comunitario. El resultado es que la situación de la mayoría de las comunidades viene a ser, desde el punto de vista estético, desastrosa; y que las perspectivas para el futuro tampoco son buenas. Esta tragedia queda paliada hasta cierto punto por las experiencias artísticas de la mayoría de los ciudadanos. Pese a que la escuela destruye la sensibilidad estética de muchos de éstos, todos ellos tienen gustos artísticos y, a lo largo de sus vidas respectivas, formulan continuamente juicios estéticos. El problema estriba aquí en el hecho de que esos gustos y esos juicios están sofocados y ocultos a la vista. Es necesario desarrollar métodos artísticos que permitan la expresión de esos juicios y de esos gustos, especialmente en el caso de aquellas personas que se sienten poco atraídas por el lado institucional de las artes.

¿Por qué es esto tan necesario? Pues precisamente porque el carácter estético de nuestras comunidades no cambiará mientras no pase a ser asunto de todos y cada uno de los ciudadanos, lo cual no ha de suceder mientras no se hayan creado los procedimientos y los medios que permitan a la gran mayoría de la población participar en la transformación estética de la existencia comunitaria.

Para que sea posible elaborar técnicas metodológicas nuevas, que los ciudadanos, las autoridades civiles, los planificadores y los especialistas puedan utilizar con provecho para elevar la conciencia comunitaria a nuevos y más altos niveles, tan imprescindible es fundir los componentes científicos y artísticos para formar un todo metodológico, como estimular la participación activa de los ciudadanos en el proceso. Aquí volvemos a descubrir las ventajas de conocer la dimensión cultural del medio ambiente, que actúa al propio tiempo como un catalizador y como un sintetizador. Como catalizador, incita en todas partes a la población a participar en el planeamiento y en la configuración del hábitat y del entorno respectivos. Como sintetizador, proporciona a la ciencia y al arte la base común sobre la cual podrá conjugar sus aportaciones al enriquecimiento cultural de la vida comunitaria. La razón de ello es que este método posee tres propiedades —exploración, educación y descubrimiento— que son fundamentales en toda actividad artística o científica.

¿Qué es la dimensión cultural del medio ambiente?

La idea de paisaje visual (*landscape*) no tiene nada de misterioso. Ese paisaje es, en efecto, una exposición visual de los aspectos de un entorno, algunos de los cuales son obra de la naturaleza, mientras que otros son fruto del trabajo humano. El paisaje sintetiza la inspección del entorno por el ojo humano que se detiene a veces para enfocar este u otro rasgo distintivo, deslizándose a menudo con rapidez sobre los rasgos que se dan por supuestos; pero sin dejar, según va moviéndose, de tomar instantáneas mentales y seleccionar imágenes (láminas 1 a 8).

Ni tiene tampoco nada de misterioso la idea de paisaje sonoro (*soundscape*). Un paisaje sonoro es la réplica del oído al ojo: una exposición auditiva de los sonidos varios que pueblan un entorno. Revela la manera que el oído humano tiene de catar y seleccionar los sonidos, tanto mecánicos como humanos, abriéndose de par en par a los que le agradan y cerrándose a los que le molestan.

Un panorama cultural (*culturescape*) es, por consiguiente, una

exposición de la totalidad de los diversos aspectos culturales —naturales, históricos, sensoriales, sociales, económicos, políticos, estéticos y humanos— de un entorno determinado. Trátase de un entorno expuesto al afán investigador de todas las facultades del ser humano: a la curiosidad, propia de un explorador, que se da rienda suelta sobre la increíble variedad de paisajes visuales, sonidos, olores, gustos, texturas, instituciones, actividades y acaecimientos que pueblan la vida cotidiana, configurando todo ello la dimensión cultural del medio ambiente.

Los paisajes visuales y sonoros son cortes longitudinales practicados en los entornos: nociones analíticas destinadas a observar éstos a través de las lentes verticales de la especialización. En cuanto tales, están hechos para explorar por separado facetas similares de la vida. Los panoramas culturales son, en cambio, cortes trasversales de los entornos: nociones sintéticas, horizontales, destinadas a revelar la naturaleza variadísima e interrelacionada de las múltiples facetas de la vida. Están hechos para agrupar las cosas, no para separarlas.

Una de las características más apasionantes de los paisajes visuales y sonoros es su posibilidad de variar muchísimo de un individuo a otro. Lo que para una persona puede ser importante, puede ser enteramente insignificante para otra. Dos artistas pueden pintar el mismo paisaje, prestando cada uno de ellos una atención tan distinta a las líneas maestras, al detalle, al color, a las sombras y al conjunto de la composición, que un observador juraría que cada uno de ellos ha reproducido paisajes diferentes. Dos compositores, escuchando la misma secuencia de sonidos, pueden oír composiciones enteramente distintas. De modo muy parecido, dos personas escogidas al azar y enfrentadas con el mismo paisaje visual, posarán sus miradas en rasgos naturales o arquitectónicos completamente diferentes. O percibiendo exactamente la misma serie de sonidos —tránsito, voces humanas, idiomas diversos o música de orquesta— reaccionarán ante esos sonidos de maneras muy distintas.

Lo mismo que los paisajes visuales y sonoros, los panoramas culturales pueden variar muchísimo de una persona a otra. Pueden ser simples o complejos, conscientes o intuitivos, según cuántos y cuáles sean los detalles que hayan seleccionado y registrado las facultades sensoriales e intelectuales del individuo de que se trate. Dos personas que dediquen tres días a hacer el descubrimiento de París, Londres, México, Nueva York, Marrakech, Estambul, Calcuta o Pekín, pueden realizar experiencias totalmente distintas. Mientras que una de ellas puede ser sumamente sensible a las imágenes visuales y a los sonidos, la otra puede serlo a los olores y a los sabores. Mientras que una puede

sentir curiosidad extremada por la historia de la ciudad que está descubriendo y total indiferencia hacia sus aspectos naturales, la otra puede experimentar un entusiasmo arrebatado por sus parques, sus áreas protegidas y sus peculiaridades topográficas, y aburrirse solemnemente cuando se trata de sus hazañas históricas.

Semejantes experiencias son muy reveladoras de las distintas fases que integran el proceso de la dimensión cultural del medio ambiente. La primera es la fase de absorción, en la que las personas se impregnan de numerosos detalles del medio ambiente que las rodea. Viene seguidamente la fase de valoración, a lo largo de la cual los individuos imprimen en el entorno sus propios gustos, repulsiones y hábitos. Ésta es la fase altamente subjetiva del proceso. Viene, finalmente, la fase de respuesta, en la que los individuos responden reaccionando a las imágenes almacenadas en su mente. Estas tres fases suelen transcurrir de manera tan instintiva que forman un proceso ininterrumpido. Ahora bien: ¿cómo se pone en marcha este proceso? ¿cómo adquiere ímpetu? Y, lo que es más importante, ¿cómo se convierte en parte integrante de la vida local, en instrumento del perfeccionamiento comunitario?

EL PERFIL SENSORIAL DE LA COMUNIDAD

La clave del éxito inicial de este método está en respetar a los ciudadanos por la importancia de las aportaciones de que son capaces. Respetando la aportación de cada ciudadano, se consigue que sean cada vez más las personas deseosas de participar en el proceso. La comunidad se convierte entonces en un tesoro oculto, en una acumulación de preciosidades de todas clases a muy escasa profundidad. ¿Pero cuántas veces dedicamos los ciudadanos una parte de nuestro tiempo a ahondar en nuestras comunidades en busca de ese tesoro? ¿No damos a menudo por sabido cuanto se refiere a éstas, pensando conocer los servicios que nos prestan y los programas que pueden enriquecer la vida local? ¿Cuál es nuestra preocupación por el estado en que se encuentran nuestras comunidades en lo que a la estética se refiere, por comprobar si sus paisajes visuales, sus sonidos, olores, texturas y sabores son atractivos o repelentes? Quizá demos por sabido demasiado, y exploremos demasiado poco.

Dado que la vida contemporánea está marcadamente orientada hacia lo visual, apenas nos pongamos a explorar nuestras comunidades profundizando en ellas, descubriremos probablemente el predominio de sus aspectos visuales. Cada comunidad ofrece a nuestra vista una serie interminable de imágenes: flores y árboles, parques, vivien-

das, jardines, fábricas, almacenes, oficinas, carteles publicitarios, edificios públicos, paseos, centros comerciales. Quizá nuestros ojos se fijen instantáneamente en muchas de las grandes cosas que los atraen: viviendas, edificios, oficinas. Pero éstas no deben hacernos ignorar la presencia de tantas pequeñas delicias visuales que la comunidad nos brinda: luces, bancos, tiestos floridos, quioscos, relojes públicos, frontispicios, esculturas... ni impedirnos comprobar su ausencia. También sería bueno que nuestra vista prestase especial atención al suelo de la comunidad: a sus guijarros, adoquines, losas, baldosas, asfalto, tierras, rejillas y desagües; así como al techo de la comunidad: a su silueta diurna o nocturna proyectada sobre el cielo eterno.

La exploración visual de los componentes del suelo, del techo y de la calle debiera ayudar a nuestros ojos a ejercitarse en el enfoque de conjuntos de imágenes más vastos, tales como el ritmo de desplazamiento simultáneo de las personas y de los vehículos, las manzanas de casas, las plazas públicas, el acondicionamiento de las calles, la ordenación paisajística y urbanística. Al propio tiempo, debiera promoverse la intervención de las capacidades estéticas. No todo lo que se vea será grato. La verdad es que muchas visiones resultarán enojosas: congestión del tráfico, señales o letreros detestables, muestras comerciales, marañas de cables y de postes, calles anárquicas, fachadas deterioradas de los almacenes, apreturas, hartazgo de ostentosas seducciones publicitarias.

Esta vigorosa impronta de lo visual no debe eclipsar las demás características sensoriales: texturas, olores, sabores y sonidos. Al contrario, la satisfacción producida por la exploración y el descubrimiento realizados con la vista debe contribuir a estimular el interés por las demás dimensiones sensoriales de la comunidad.

Además de una apasionante mezcla de imágenes visuales, la comunidad contiene una increíble variedad de materiales, cada uno de los cuales está pidiendo ser palpado. Tomemos, por ejemplo, los materiales de construcción: ¡qué diversidad tan rica de maderas, metales, piedras y ladrillos de distintas clases se nos muestra, abundante, por todas partes! Algunos de esos materiales son pulidos y refinados, otros son bastos, rugosos, llenos de cortes intrigantes; los hay que han sido amorosamente trabajados, mientras que otros conservan su estado natural. Todos ellos están dispuestos a recompensar la exploración táctil confiándole sus íntimos secretos.

Y los olores y los sabores de la comunidad, ¿son acaso menos importantes que sus imágenes visuales y que sus materiales palpables? Sin embargo, cada vez es mayor nuestra indiferencia hacia los aromas, tan diversos, provenientes de nuestro entorno, sea éste natural u obra

del hombre. La causa principal de esa indiferencia es que la contaminación ambiental ha embotado nuestras facultades sensoriales. No resultaría, empero, demasiado difícil reconstituir el perfil olfativo de la comunidad, el cual puede englobar las exquisitas fragancias de nuestras flores preferidas, ornato del parque local, los perfumes embriagadores de diversas esencias y colonias, los vapores gaseosos despedidos por los escapes de humos, los aromas característicos de los rebrotes primaverales o de las hojas otoñales que se descomponen lentamente, la fetidez que se escapa de las industrias locales, o el atrayente olor que exhala la pastelería.

Una visita a este último establecimiento para probar sus bizcochos, sus panecillos, sus bollos y sus tartas, recién salidos del horno, permitiría franquear el umbral del mundo de los sabores; y a ella podrían seguir, ya de regreso en casa, experiencias enriquecedoras de nuestro saber gastronómico, en materia de verduras, carnes, vinos, dulces, especias y hierbas. Al hacer tales experiencias, no habríamos de concentrarnos en lo que habitualmente resulta grato a nuestras papilas gustativas, sino más bien en los descubrimientos que necesitamos realizar en el campo de la increíble variedad de los sabores, catando sucesivamente las diferentes clases de especias y de hierbas —canela, macia, nuez moscada, clavo, tomillo, mejorana, orégano, estragón— cuya degustación ensanchará nuestros conocimientos culinarios. Y verduras tales como la achicoria, la escarola, las endivias, los garbanzos, los puerros y las chirivías realzarán el sabor de nuestras ensaladas. Preguntaremos en los supermercados de la localidad cuál es la necesidad de consumir guisos envasados y manjares sazonados artificialmente, y en los restaurantes pediremos con más frecuencia especialidades de la región y golosinas de fabricación casera. Y es posible que, poco a poco, el gusto por los alimentos precondimentados y envueltos en plástico ceda ante el empuje de la afición a los platos locales, a medida que un número creciente de habitantes vaya mostrándose partidario de la reforma culinaria.

Pero el aspecto sensorial del panorama cultural no está sólo compuesto de imágenes visuales, olores, sensaciones táctiles y sabores, sino también de sonidos. Con la autoridad que en esa materia se le reconoce, John Cage sostiene que la música no es otra cosa sino el sonido que nos envuelve, lo mismo en la sala de conciertos que fuera de ella. Y cada vez son más numerosos los compositores contemporáneos que comparten esta convicción.

Un grupo de compositores vinculados al World Soundscape Project, cree en la existencia de un panorama sonoro compuesto de sonidos naturales, humanos o mecánicos, que corresponde al paisaje visual

físico y arquitectónico. Afirman estos músicos, que el panorama sonoro del mundo es en realidad una inmensa composición musical que nuestro siglo ha orquestado mal. Innumerables sonidos de lo más grotesco y violento que cabe imaginar nos han sido impuestos por doquiera. Los estrépitos hirientes que engendra la técnica moderna —motores, cortadoras de césped, fábricas, máquinas, automóviles, camiones, aviones, motocicletas y demás artefactos mecánicos— ahogan bajo su estruendo, en muchos lugares del mundo, casi todos los ruidos que la naturaleza y el hombre producen continuamente. En las sociedades preindustriales o rurales, estos últimos sonidos constituyen el 95 por ciento del total, mientras que los producidos por las herramientas y por la técnica solamente suponen el 5 por ciento restante. En las sociedades urbanas e industrializadas los porcentajes se hallan, prácticamente, invertidos ya que el ruido de los artefactos mecánicos alcanza en ellas la alarmante proporción del 70 por ciento, y el nivel de los decibeles no deja de subir cada día más. Ello ha suscitado dos fenómenos concomitantes: por una parte, el aumento de la proporción de personas sordas o que sufren trastornos auditivos; por otra, la degradación sonora de la mayoría de las comunidades industrializadas, convertidas en auténticas cloacas de ruidos. Al propugnar el perfeccionamiento de la legislación contra el ruido y al favorecer la agudeza auditiva estimulando la práctica de ejercicios de limpieza y entrenamiento del oído y preconizando la creación de “museos del sonido” y de “paseos sonoros”, el World Soundscape² espera suscitar un movimiento universal que contribuya a mejorar el panorama sonoro mundial, haciéndolo mucho más satisfactorio, tanto para nuestros oídos como para nuestras mentes.

Una exploración concienzuda de la existencia comunitaria no puede pasar por alto el panorama sonoro de la localidad, sino que tratará de seleccionar y almacenar sonidos en una especie de banco de experiencias acústicas memorables. Así, el chasquido del viento contra el metal, el canto de las aves en el amanecer, el repique de las gotas de lluvia sobre un tejado de zinc, el silbido de una locomotora, la sirena de una fábrica en la niebla, el trepidar de los motores, el tañer de las campanas de la iglesia o el resonar de las herraduras de los caballos sobre el pavimento. A semejanza de los compositores del World

² Cf. Murray Schafer, *The music of the environment*, en *Cultures*, I, 1 (1973), así como la colección “The music of the environment Series”, que se publica bajo su dirección; en especial el núm. 3, “European sound diary” y el núm. 4, “Five village soundscapes” (Burnaby, B.C.: World Soundscape Project). Del mismo autor, *The tuning of the world* (Toronto: McClelland & Stewart, Ltd.; Nueva York: Alfred A. Knopf, 1977);xii, 305 p.

Soundscape Project, los exploradores obstinados no tardarán en descubrir que muchos de los sonidos más bellos están desapareciendo bajo la devastadora avalancha de los ruidos tecnológicos, a falta de una legislación que combata eficazmente su nocividad. Y esto enriquecerá también el contenido del cada vez más vasto panorama sensorial comunitario.

UNA CONSTELACIÓN DE PERFILES COMUNITARIOS

Mientras un sector de los habitantes contribuye a trazar el perfil sensorial de la comunidad, otros sectores se consagrarán a la tarea de reunir los perfiles de otra índole: el natural, el histórico, el científico, el humano y el estético. Cada uno de estos perfiles posee características peculiares.

A algunos ciudadanos les interesará trazar el perfil natural de la comunidad y de su contorno, explorando para ello los accidentes de la topografía —colinas, valles, terraplenes, ríos y riachuelos— así como la implantación geográfica de todo el conjunto. Estudiarán detenidamente los parques y las zonas protegidas, teniendo en cuenta sus atractivos paisajísticos, su flora y su fauna, la vulnerabilidad de sus sistemas botánicos y los rasgos distintivos de su ecología. A otros les interesará pintar el retrato histórico de la comunidad que ilustre la razón de su asentamiento inicial, la manera como se produjo su crecimiento respondiendo a diversos imperativos, y los periodos en que experimentó cambios profundos. Para realizar esta tarea como es debido, hará falta echar mano de las colecciones de los museos, de los documentos, de los archivos, de los ficheros de las bibliotecas, de viejas fotografías y recortes de periódicos. Se obtendrá así una visión de los distintos elementos que, en el trascurso del tiempo, se han combinado para producir la composición cultural global de la comunidad. Otros habitantes preferirán en cambio dedicarse a fijar los rasgos del perfil comunitario en el aspecto científico, lo que requerirá el estudio de los sistemas de transporte y de comunicación, así como de los cambios climáticos —que se precisarán a través de las observaciones meteorológicas— y el conocimiento de los trabajos realizados por instituciones especializadas.

El interés activo por conocer el perfil institucional de la comunidad puede ser estimulado mediante visitas a los museos, a las bibliotecas, a los servicios sociales, a las dependencias del gobierno, a las fábricas, a los bancos, a las compañías de seguros, a las empresas comerciales, a las tiendas, a los centros comunitarios, a las salas de conciertos y a las instalaciones deportivas. Detrás de esta red institucional tan compleja, una multitud considerable de individuos y de colec-

tividades son los responsables de los numerosos programas que se elaboran y de los servicios que se prestan a la comunidad. La verdad es que nuestro conocimiento de los distintos programas y servicios de que podemos disponer, ya sea como visitantes o como residentes de la comunidad, así como del funcionamiento de nuestras numerosas instituciones, resulta un tanto exiguo, pese a que la exploración de esas esferas es imprescindible para tener una visión completa del panorama cultural comunitario. Esa exploración debe revelarnos no sólo las actividades internas de la comunidad como ente dinámico y cambiante, sino también la forma en que se preparan y se adoptan unas decisiones nada fáciles de tomar y que afectan al planeamiento, a la fisonomía y al desarrollo de todas nuestras comunidades.

Las personas decididas a profundizar hasta el máximo en la experiencia cultural desearán conocer lo mejor posible el perfil humano de la comunidad. La exploración de este ámbito puede comenzar en el momento mismo en que un individuo empieza a interesarse por su propia identidad cultural; y podrá llevar, probablemente, a ese individuo a interesarse asimismo por la identidad cultural ajena.

Se dice a menudo que el ser humano es hijo de la costumbre. Manteniéndose o alterándose al correr del tiempo, los hábitos adquieren carácter cíclico. Los hay que —como el dormir, el comer o el trabajar— son indispensables para sobrevivir, mientras que otros —contemplar la televisión, cultivar las aficiones, leer o asistir a reuniones públicas o privadas— son enteramente optativos. Uno de los mejores procedimientos para facilitar el estudio de los ciclos a que se ajustan los hábitos consiste en llevar lo que cabe llamar un diario cultural. La diferencia entre un diario cultural y un diario de tipo general estriba en que el primero consiste en un registro sistemático de la cantidad de tiempo o de dinero dedicada a cada una de las diferentes actividades de la existencia, mientras que el segundo es una crónica de las menudencias y de las experiencias que han caracterizado cada jornada. Un diario cultural divide, pues, en dos sentidos distintos un periodo determinado de tiempo: por un lado, en minutos, horas y semanas; por otro, en diversos tipos de actividades. Y en él se anotan las cantidades, de tiempo o de dinero, empleadas en cada una de esas actividades. Sumando las cantidades así anotadas y superponiendo su representación gráfica a los mapas o planos de la comunidad, aparecen los ciclos que, además de poner de manifiesto hasta qué punto todos los individuos son producto de los diferentes tipos de hábitos culturales, trazan los distintos modelos aplicables a su medio ambiente.

Los ciclos de la actividad humana arrojan frecuentemente luz sobre los problemas capitales del desarrollo comunitario. Muchos de

los objetivos de este último —una realización más plenamente humana de la vida, un entorno más conforme a las necesidades de la comunidad, una conservación mejor de los recursos, una participación más intensa de los ciudadanos en la elaboración de las decisiones, un nivel más elevado de conciencia— sólo pueden alcanzarse consolidando los modelos generalmente aceptados de la actividad humana, o rompiendo con ellos. Al propio tiempo, se crean nuevos ciclos que llevan a los individuos hacia un grado cada vez más elevado de auténtica satisfacción en sus respectivas existencias cotidianas. Es posible que la creación de esos ciclos requiera mayor movilidad en el empleo, variaciones en los horarios de trabajo, restricciones en el consumo de bienes y servicios, multiplicación de las instalaciones artísticas y recreativas, una renovación urbana o una legislación contra la nocividad ambiental que den resultados más prácticos, un control más efectivo de la contaminación del aire y del agua, una reglamentación más estricta de las actividades industriales y comerciales, y formas más democráticas de elaborar las decisiones. Tales pueden ser, muy a menudo, los efectos del cambio cultural.

Para completar la comprensión del perfil humano de la comunidad, a la exploración de los hábitos individuales deberá sumarse la investigación de los hábitos de los amigos, los parientes, los vecinos y los habitantes menos próximos. Aun cuando las personas se asemejen unas a otras en lo exterior, si se ahonda en su interior se descubre que llevan vidas muy variadas, reflejo de las diferencias existentes entre su procedencia étnica, sus creencias religiosas, su educación, su instrucción y sus preferencias respectivas. Una moderada y amistosa curiosidad en esta materia suele verse recompensada con el resultado de que la exploración revela frecuentemente disparidades significativas entre los distintos modos que las personas tienen de vivir sus vidas respectivas, de considerar su actividad profesional, de practicar sus aficiones, de celebrar los acontecimientos, de guisar los manjares y de emplear los tiempos de ocio. Cada comunidad es portadora de rica enjundia humana, y siempre está dispuesta a destilarla.

Si la puerta empieza a entornarse cuando nos ponemos a escudriñar en busca del perfil humano, se nos abre de par en par apenas abordamos el descubrimiento del perfil estético. En este campo, las preferencias son rotundas y las opiniones, tajantes. La experiencia estética es un asunto sumamente personal. Así como una persona puede detestar los ruidos de las motocicletas, de los aviones o de los camiones, otra puede disfrutar con ellos. Este ciudadano puede encontrar aborrecibles los carteles publicitarios, y su vecino puede encontrarlos agradables. Mientras unos opinan que el barrio central de la

ciudad debe ser renovado, otros prefieren dejarlo tal y como está. Por desgracia, sabemos muy poco acerca de las preferencias estéticas de la gente: como consecuencia de infortunadas experiencias educativas o sociales, los interesados suelen, demasiado a menudo, ocultarlas. No obstante, y dado que tales preferencias constituyen una de las realidades de la vida, debieran exteriorizarse y ser consideradas como lo que realmente son: ilustraciones del espectro infinito de los gustos y de las repulsiones que toda comunidad encierra. Aquí reside una de las fuerzas reales del conocimiento de la dimensión cultural del medio ambiente: permitiendo la manifestación de una multitud de facetas del mismo fenómeno, se entreteje la pluralidad de preferencias estéticas en la trama cultural de la sociedad.

Coreografía de la dimensión cultural del medio ambiente

Una vez reunidos los elementos componentes de la constelación de perfiles comunitarios, es posible formar con ellos, como quien traza movimientos coreográficos, combinaciones diferentes que conducen a muy diversos resultados. Por ejemplo, las informaciones objetivas acerca de los distintos perfiles —el sensorial, el natural, el histórico, el científico, el institucional, el humano, el estético— pueden ser clasificadas según el sector cultural a que cada una de ellas corresponde, lo que permite preparar inventarios culturales. La información puede así servir de base para un estudio de los gastos, para preparar un presupuesto de distribución del tiempo, o para hacer sondeos de opinión o encuestas de comportamiento. Cabe también exponer esa información en forma de gráficos, para emplearla en la elaboración de mapas, de recorridos, de excursiones, de itinerarios, de canjes de diversa índole que pueden resultar sumamente valiosos a efectos administrativos y de política local, de animación y de planeamiento. En una u otra forma, toda esa información se refiere a la oferta y a la demanda de servicios comunitarios. Hay que sincronizar una y otra, de manera tal que queden satisfechas las necesidades de los ciudadanos y de las comunidades: ése sigue siendo el reto supremo, al que debe responder todo desarrollo.

INVENTARIOS CULTURALES

A lo largo de la fase de absorción, este método actúa como una esponja que se empapa de la mayor cantidad posible de informaciones

relativas a la vida comunitaria. Éstas permiten una valoración más afinada y más honda de las enmarañadas interrelaciones, así como de los puntos fuertes y los puntos débiles que se dan en toda vida comunitaria. A efectos de administración y de planeamiento, la información puede clasificarse por sectores culturales. Individualmente considerado, cada sector posee su propia identidad, fruto de la pluralidad de las instituciones, de los medios, de los programas y de los servicios que abarca. Considerados en su conjunto, los distintos sectores se combinan dibujando entre todos un perfil muy valioso de la comunidad como entorno global.

SECTORES CULTURALES

Cultura artística: música, ópera, ballet, arte dramático, escultura, salas de concierto, teatros, salas de exposiciones, comercios de artesanía, etc.

Cultura popular: festivales, ferias, carnavales, circos, museos etnográficos, celebraciones comunitarias, etc.

Cultura informativa: periódicos, editoriales, imprentas, emisoras de radio y de televisión, archivos, bibliotecas, cinematecas, salas de cine, etc.

Cultura recreativa: fútbol, gimnástica, polo, hockey, estadios, pistas de patinaje, gimnasios, etc.

Cultura ambiental: parques, zonas protegidas, lugares históricos, calles, centros comerciales, paseos públicos, barrios residenciales, etc.

Cultura científica: centros de investigación, observatorios meteorológicos, laboratorios, etc.

Cultura educativa: escuelas primarias y secundarias, escuelas técnicas, universidades, asociaciones educativas, etc.

Cultura religiosa: iglesias, sinagogas, mezquitas, templos, organizaciones religiosas, etc.

Cultura política: gobiernos nacionales, regionales y locales, asociaciones políticas, etc.

Cultura social: tabernas, cafés, restaurantes, clubs, asociaciones de ex-combatientes, ligas, Rotary, Kiwanis y otras organizaciones, etc.

Cultura económica: establecimientos comerciales, bancos, compañías de seguros, fábricas, industrias, estaciones de servicio, sociedades multinacionales, etc.

Dado el carácter sumamente personal de la aportación de cada individuo al panorama cultural, es muy poco probable que —si nos limitamos a adicionar las aportaciones individuales— podamos reunir una cantidad de información objetiva que baste para hacer un inventario cultural completo o para ofrecer un cuadro de conjunto de la comunidad como entorno global. Por consiguiente, es posible que haga falta aplicar medidas más sistemáticas para asegurarse de que cada sector se halla plenamente representado, tanto en extensión como en profundidad. Esto puede requerir la recopilación de datos comparables, relativos a cada uno de los sectores, acerca del número y el carácter de las organizaciones respectivas, de la cantidad y la naturaleza de sus miembros, de sus modos de financiación, de la calidad y la utilización de sus instalaciones, y del interés que poseen sus programas. Tales datos son indispensables, tanto para preparar el planeamiento como para elaborar las decisiones, si se quiere operar en forma inteligente. Ya que, sin la luz que ellos arrojan, no será posible conocer la oferta, que es uno de los dos términos de la ecuación que se trata de resolver.

Lo mismo que ocurre con los datos así inventariados, los relativos a las cantidades de dinero y de tiempo invertidas en las actividades de distintas clases tampoco serán lo bastante detallados para suministrar un cuadro completo de la manera de distribuirlos que tiene el conjunto de la comunidad. Si los individuos han optado por llevar en forma sistemática sus diarios culturales, éstos proporcionarán materia para realizar estudios más amplios sobre los gastos comunitarios y sobre el presupuesto de distribución del tiempo en la comunidad. Realizados sobre la base de un muestreo suficientemente vasto para ser representativo, tales estudios permitirán conocer en qué proporción se consagra el tiempo y el dinero a cada uno de los sectores culturales y darán indicaciones de mucho valor sobre la distribución respectiva. Las informaciones referentes al número de horas dedicadas al trabajo y al ocio, y sobre el monto de los gastos invertidos en adquirir libros, aparatos de radio y de televisión, entradas para cines, teatros, conciertos, exposiciones y acontecimientos deportivos, compra de alimentos o de vestido, o alquiler de vivienda, permitirán conocer el otro término de la ecuación, es decir, la demanda.

Las encuestas de comportamiento y los sondeos de opinión aportarán a su vez datos del mayor interés para el conocimiento de la dimensión cultural del medio ambiente. De uno u otro modo, ambas técnicas incitan a los habitantes a reflexionar acerca de sus propias formas de existencia y a intercambiar ideas sobre la manera de mejorar la cultura comunitaria. Cada habitante toma una decisión fundamental al escoger el lugar de su residencia y el tipo de su trabajo. Los factores

que determinan tales decisiones varían considerablemente, según la naturaleza y el emplazamiento de la comunidad, las posibilidades de encontrar empleo, la proximidad de los espacios naturales, la abundancia o la escasez de los servicios artísticos y sociales y de los comercios. Ocurre a menudo que las encuestas en las que se habla de este tipo de asuntos contribuyen a elevar el nivel de conciencia de los encuestados, al hacerlos reflexionar y profundizar en las razones por las cuales escogieron para su residencia una comunidad, o en las maneras de mejorar la situación de esta última o de sacar más partido de ella. Hablando de estos temas, es fácil pasar a conversar sobre otros relacionados con ellos: ¿qué opinión tienen de su comunidad? ¿qué es lo que, en ella, les gusta o les disgusta? ¿qué propuestas hacen para cambiar los aspectos ingratos de la vida local? ¿cómo creen que podrían actuar las autoridades políticas para prestarles mejores servicios satisfaciendo sus necesidades reales? En esta forma, una entrevista no orientadora resulta de gran valor para identificar las necesidades actuales y virtuales de la población. Mediante este tipo de conversaciones espontáneas, se consigue muchas veces que los ciudadanos descubran qué es lo que, en el fondo, desean.

MAPAS, PASEOS Y EXCURSIONES

La dimensión cultural del medio ambiente tiene la ventaja de poder expresarse gráficamente en forma de mapas. Según el tema de que trate y los símbolos que se utilicen, esos mapas pueden tener finalidades administrativas o políticas, de planeamiento, de investigación o de animación.

No es difícil vislumbrar las numerosas posibilidades que se dan en este terreno. A efectos generales, cabe preparar mapas inventariales, descriptivos de los diferentes sectores de la cultura y de los recursos disponibles en cada uno de ellos. Así, imagínese un mapa de la comunidad en el que se identifique mediante un color distinto cada uno de los sectores culturales (por ejemplo: el azul, la cultura política; el rojo, la artística; el verde, la recreativa y la ambiental); y mediante un símbolo distinto, cada una de las diferentes clases de recursos (una máscara teatral, los teatros; un libro, las bibliotecas o las escuelas; un instrumento musical, las salas de conciertos; una casita verde, los jardines botánicos; etc.). Una vez consignado así en el mapa el inventario de la comunidad, vemos perfilarse ante nosotros una imagen interesantísima del emplazamiento de los recursos comunitarios. La utilidad de un mapa de este tipo puede ser muy grande, tanto para los habitantes como para los visitantes de la comunidad, pues les ayuda a conocer el

vasto arsenal de recursos culturales utilizables con el fin de enriquecer la vida local.

Introduciendo en él ligeras alteraciones, el mapa cultural puede quedar convertido en mapa administrativo, o político, o de planeamiento, que puede resultar sumamente valioso a efectos de identificar problemas concretos o de marcar orientaciones para el futuro. Así la superposición, en uno de esos mapas, de los datos demográficos, la red de medios de transporte y los datos relativos al número de plazas disponibles en dichos medios, permite descubrir las desigualdades en la distribución geográfica de los recursos, las deficiencias crónicas de los programas, las limitaciones a que está sometida la capacidad de los servicios, y los problemas de transporte y de estacionamiento en relación con las posibilidades de utilizar los recursos disponibles.

Los mapas culturales, administrativos, políticos y de planeamiento tendrán una cosa en común: todos ellos serán trazados a partir de datos objetivos, tales como emplazamientos topográficos, tipos de organización, información de los usuarios, distribución del tiempo, módulos de gastos, y respuestas registradas. Muchos de esos datos habrán sido recopilados y consignados sistemáticamente para ofrecer una imagen exterior de la vida comunitaria. Pero puede darse otro enfoque, igualmente válido, de la cartografía del panorama cultural: enfoque que tiene su origen en el aspecto subjetivo de la naturaleza humana y cuyo punto de partida está constituido por las reacciones personales de los individuos ante su propio entorno. Teniendo en cuenta la frecuencia con que las personas manifiestan sus respectivos gustos y repulsiones, se obtiene un retrato objetivo de las reacciones comunitarias que no es, en realidad, sino la suma de una multitud de impresiones subjetivas.

Supongamos que se solicita a los habitantes que enumeren las cosas que más les agradan y las que más les desagradan de su comunidad, y que se traza luego un mapa representando gráficamente esos agrados y desagradados y superponiéndolos unos a otros. Veremos surgir así un mapa altamente impresionista que, al primer golpe de vista, revelará muchas de las preferencias y de las repulsiones colectivas de la población. Si se hacen resaltar las preferencias más frecuentemente manifestadas, encerrándolas en pequeños círculos, y si las repulsiones manifestadas con más frecuencia se destacan a su vez encerrándolas en pequeños rectángulos, obtendremos rápidamente un retrato de los gustos colectivos. Esos mapas impresionistas —en los que es posible poner de manifiesto cosas tales como los restaurantes preferidos u otros lugares especialmente frecuentados, las vías más concurridas, los cruces de calles ruidosos, los olores desagradables, las congestiones del

tránsito, los esperpentos de la edificación, los paisajes que hacen daño a la vista y los sonidos gratos al oído— pueden ser utilísimos a efectos de elaborar los planes y hacer la política municipal. Probablemente, constituyen los mejores vehículos de las informaciones utilizables para el planeamiento, ya que no reflejan las actitudes de un puñado de planificadores profesionales altamente especializados, sino las de la población en su conjunto, contribuyendo así a explicar las reacciones (a veces vigorosas, y a menudo inesperadas) de los ciudadanos ante ciertas decisiones de los técnicos, cuando éstos tratan de modificar determinados aspectos del entorno a los que la población está especialmente apegada. Informándose de antemano y con claridad acerca de tales reacciones, se evitarán mejor los enfrentamientos inútiles entre ciudadanos, planificadores y políticos.

Los mapas culturales e impresionistas son, en cierto modo, otras tantas maneras dialécticas de enfocar la cartografía del panorama cultural. Entre ambos extremos, cabe producir diferentes tipos de mapas que contribuyan a ilustrar la diversidad de los posibles perfiles del panorama cultural. Cabe, por ejemplo, trazar mapas que describan la serie de peculiaridades sensoriales de la comunidad: imágenes visuales, sonidos, olores, sabores e impresiones táctiles, de gran interés para incitar a la población a explorar el medio que la rodea y para identificar los factores del empeoramiento de ciertos aspectos sensoriales. De modo muy parecido, cabe elaborar mapas que expresen gráficamente las distintas dimensiones —natural, histórica, institucional, humana y estética— de la vida comunitaria.

Lo mismo que cuando se trata de componer un paisaje, la configuración de un panorama cultural implica un proceso que comprende la recopilación y la selección: acumula informaciones, las criba y las clasifica, y escoge las que mejor convienen a las finalidades que se trata de alcanzar. Supongamos que, en un momento dado, de lo que se trata es de preparar una excursión a pie por el territorio de la comunidad. Sirviéndonos de la información que suministra el inventario, conseguiremos identificar los monumentos culturales más notables. Resumiendo esa información, reduciéndola a símbolos y consignándola en un mapa de la comunidad, compondremos un interesantísimo itinerario que orientará a las gentes hacia los recursos culturales específicos y los lugares sobresalientes. No de otra manera se elabora la mayoría de las guías. Mediante la recopilación de una enorme cantidad de información cultural, las guías clasifican y escogen, para ponerlos de relieve, determinados aspectos visuales, suministrando un itinerario descriptivo y dividido con arreglo a la cantidad de tiempo que los habitantes o los forasteros pueden consagrar a la visita de una comuni-

dad determinada. La investigación relativa a la metodología relacionada con la dimensión cultural del medio ambiente nos muestra que, con semejante enfoque, se tiende a dar especial relieve a los monumentos e instituciones comunitarios: salas de exposiciones y museos, edificios antiguos, lugares históricos, centros comunitarios, festivales, ferias, teatros, fábricas e instalaciones deportivas. Y resulta particularmente significativo el hecho de que, con el enfoque impresionista, se obtiene un itinerario muy distinto, en el cual el acento se pone mucho más en aquellas “fuerzas magnéticas culturales” que, dentro del marco de la vida local, son particularmente caras a la población (un alero interesante, una vieja construcción más o menos extravagante, una taberna, una manzana de casas de aspecto llamativo o de sonoridades curiosas, el aroma que exhala un restorán reputado, un lugar concurrido donde puede contemplarse el bullicio humano, una tienda de antigüedades, o quizás el mural de un edificio): cosas todas ellas que revelan la intimidad y las preferencias colectivas de la vida comunitaria. Identificando, describiendo y relacionando entre sí esas preferencias, obtenemos un itinerario muy diferente del anterior.

Las discrepancias entre ambos enfoques se manifiestan con insuperable claridad cuando se pide a los habitantes que comparen sus propias preferencias personales con aquellas cosas cuya visita recomendarían a los forasteros o a los amigos deseosos de conocer mejor su comunidad. Por lo general, las preferencias de los habitantes son subjetivas e impresionistas y llevan, a veces, un toque de nostalgia, mientras que a los forasteros y a los amigos se les hacen las recomendaciones de manera mucho más objetiva y sistemática. Singular diferencia. ¿No nos ha sucedido muchas veces que, hallándonos en una comunidad extraña y tratando de conocerla como sus propios habitantes la conocen, acabamos siguiendo con la mayor puntualidad las indicaciones publicadas en una guía, sistemáticamente elaborada, de monumentos culturales? ¿Y en cuántas otras ocasiones nos ha ocurrido que hemos recomendado a forasteros y amigos unos itinerarios que no tienen ni la más remota relación con aquellas experiencias culturales que son las que, en realidad, ponen alegría y dicha en nuestras propias existencias?

Por lo que respecta a la dimensión cultural del medio ambiente, es necesario hacer aquí la síntesis de los dos enfoques, mezclando cuidadosamente las peculiaridades de uno y otro para confeccionar un itinerario apasionante que comprenda a la vez no solamente los monumentos y los “imanes”, sino también las dimensiones macrocósmicas y microcósmicas de la vida comunitaria. Ahí se encuentra el punto de intersección en el que la ciencia y la estética se funden para producir el



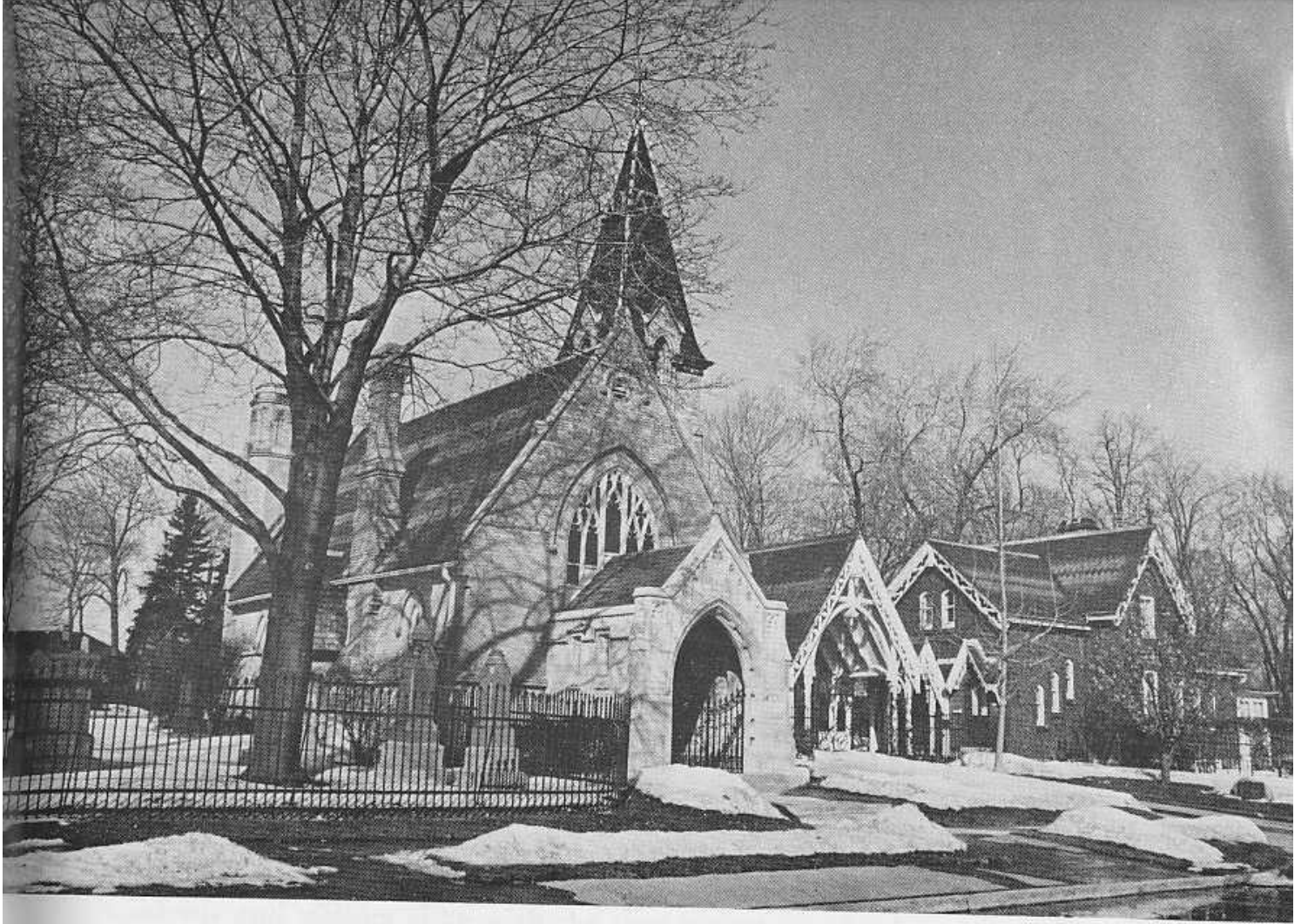
1. Natural profile, Hespeler, 1975. Ph. X.
2. Pollution, High Park, 1975. Ph. X.





3. ▲ The town-roof and
4. ▼ visual pollution in the country, Hespeler, 1975. Ph. X.



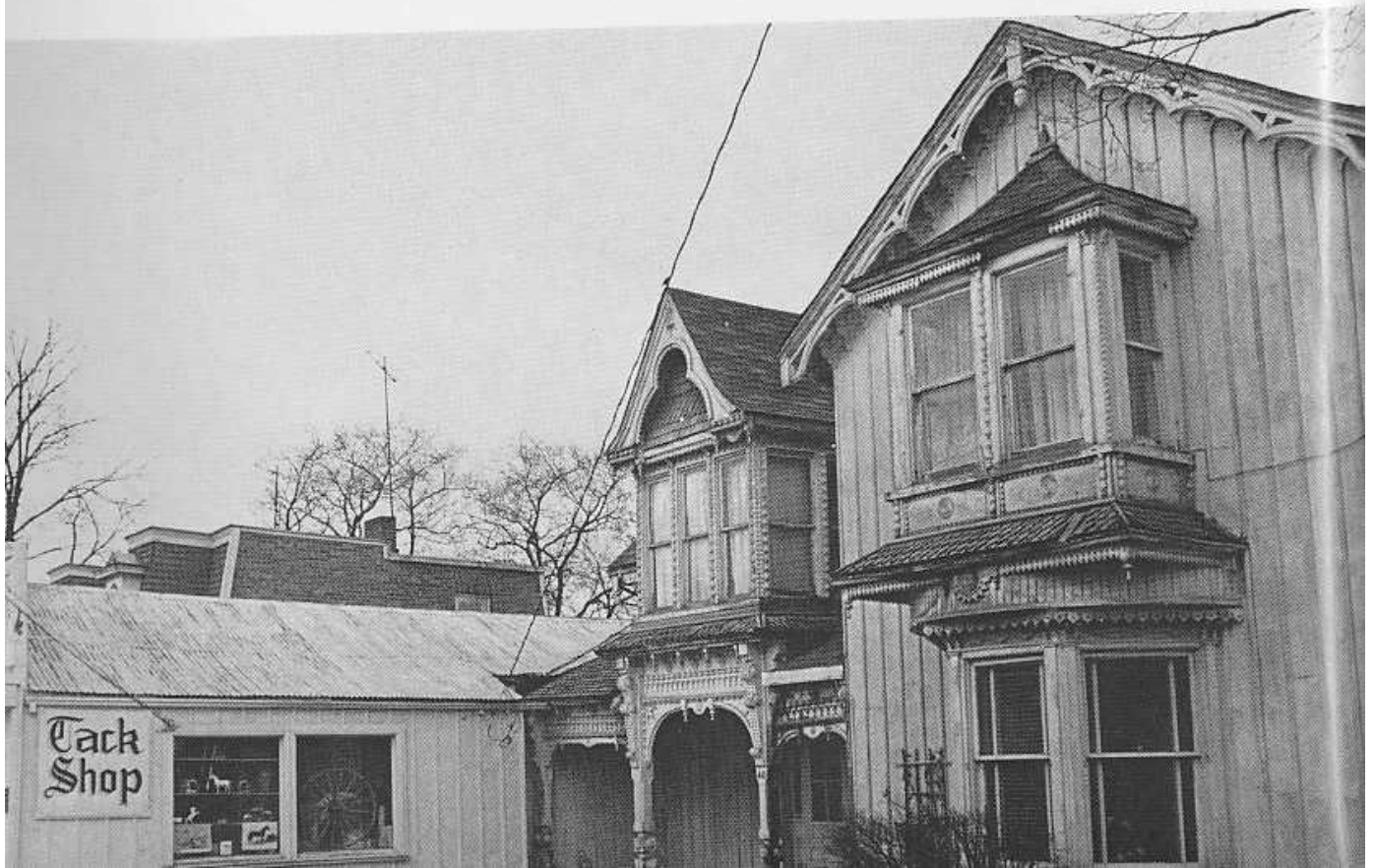


5. ▲ Historical profile and
6. ▼ visual pollution in the town, Don Vale, 1975. Ph. X.





7. ▲ Marklam, 1975: historical profile and
8. ▼ cultural layers. Ph. X.



“arte coreográfico” del panorama cultural. Y hay que poner suma atención para que toda una variedad de técnicas auditivas, visuales y verbales —grabaciones, fotografías, diapositivas, esbozos, comentarios escritos y representaciones en miniatura de la comunidad— concurren a la elaboración de esa síntesis necesaria. El carácter y la amplitud de los mapas, paseos y excursiones deben ser determinados con la mayor prudencia para impedir que resulten sobrecargados o, al contrario, simplificados en exceso.

Esos mapas, paseos y excursiones han de constituir auténticas cazas de tesoros y deben procurar el fomento de la curiosidad y de la exploración, de la educación y de los hallazgos. La curiosidad y la exploración son necesarias para descubrir la riqueza de los recursos comunitarios; la educación, para exponer la vida comunitaria en su plenitud; los hallazgos, para que la comunidad alcance niveles más elevados de conciencia de sí misma. ¿Y cuál es la mejor manera de conseguirlo? Poner, quizás, un poco de imaginación creadora en la confección de los distintos mapas, paseos y excursiones; por ejemplo, si un forastero tiene interés en hacer un recorrido que le permita conocer bien la comunidad, es posible que, en lugar de señalarle un itinerario preestablecido, convenga darle unas cuantas fotografías representando algunos de los detalles más curiosos de aquella: un canalón de forma insólita, un alero ornamentado, una vieja galería, una pequeña escultura, las cuales suscitarán la búsqueda activa de esos objetos y, por añadidura, la de los demás que constituyen la riqueza comunitaria. Se puede, incluso, ordenar las fotografías con arreglo a un criterio de dificultad creciente, de manera que el visitante vaya pasando de las que representan macrodetalles a las que representan microdetalles. Es frecuente aprender más cosas acerca de una comunidad mediante la búsqueda activa de sus tesoros ocultos y de sus pequeños detalles, que estudiando una copiosa documentación relativa a sus principales monumentos y a sus lugares históricos.

ITINERARIOS Y CANJES

Lo mismo que cada persona tiene una serie distinta de preferencias y de repulsiones, suscitadas en ella por la comunidad de la que forma parte, así también cada persona imprime en su propio entorno una característica diferente. Las hay que, empujadas por una curiosidad insaciable, exploran ese entorno con el mayor detenimiento, sin quedar satisfechas hasta que no han removido multitud de piedras y trazado planes complicados de visita y de investigación en los aspectos más diversos de la vida local. Otras, en cambio, adoptan métodos

mucho más sencillos, limitando su atención a las necesidades más corrientes. Todos estos procedimientos son válidos, pues todos ellos corresponden a la variedad infinita de las necesidades humanas, las cuales difieren mucho de una persona a otra. Examinándolas detenidamente, descubrimos —detallándola al minuto— la forma en que cada individuo vive una vida que es absolutamente impar, cuya duplicación no se da en ningún sitio. Dícese a menudo que toda persona tiene un doble en algún otro lugar del mundo. Esto, que puede ser verdad en lo que atañe a su apariencia física, no lo es, ciertamente, en lo que a su modelo cultural se refiere.

Como consecuencia de semejante diversidad, la “coreografía” de la dimensión cultural del medio ambiente ofrece otra posibilidad apasionante: la de pedir a la gente que anote todo aquello que, en la comunidad de su residencia, le agrada o le desagradan. El resultado de la encuesta puede quedar registrado en forma de itinerarios cuya variedad va desde todo lo que gusta hasta todo lo que no gusta, pasando por las numerosas combinaciones intermedias posibles entre ambos elementos. Esos itinerarios pueden trazarse en forma tal que su recorrido respectivo ocupe toda una mañana, todo un día, o varios días. La ventaja de disponer de itinerarios distintos así confeccionados estriba en la posibilidad de sustituir uno por otro, proporcionando de este modo, a cada persona interesada, la oportunidad de contemplar la comunidad desde perspectivas diferentes de la suya propia. El acto de canjear itinerarios tiene cierta semejanza con el de comunicar secretos acerca de vinos o de restaurantes de calidad excepcional, con la diferencia de que puede realizarse en escala mucho mayor y de manera más sistemática. A este respecto, un experimento curioso consiste en pedirles a los alumnos de diferentes niveles de enseñanza, que confeccionen itinerarios de la dimensión cultural del medio ambiente de su comunidad. Resultan particularmente reveladoras las discrepancias que se observan entre la manera como esos muchachos perciben la comunidad, y la manera como la perciben los adultos: no sólo en lo que se refiere a las cosas que les agradan o les desagradan, sino también en lo que respecta a las respectivas preferencias culturales. Semejantes discrepancias no tienen por qué sorprendernos: recordemos que, cuando éramos niños, poseíamos el secreto de aquellos lugares de la comunidad donde nos escondíamos para mejor recrearnos en nuestros pensamientos más recónditos, o echar a volar nuestra imaginación.

Otro ejercicio revelador, y que se sitúa en la misma línea, consiste en pedir a varios adultos que confeccionen itinerarios de la misma especie y que, tras de haberlos canjeado entre sí, siga cada cual un itinerario trazado por otro. A continuación, que se reúnan todos ellos

para comentar los resultados de sus experiencias respectivas. También en este caso, es asombroso lo mucho que nos enseñan las apreciaciones y las percepciones ajenas, así como lo que aprendemos acerca de la manera que tiene la gente de reaccionar frente a su entorno, y sobre la riqueza de la vida comunitaria. Vemos aparecer aquí una dimensión de la personalidad humana que rara vez nos revelan las terapias de grupo y los encuentros organizados, ya que se basa principalmente en las reacciones frente al entorno exterior, no frente al entorno mental. El método posee, además, la ventaja evidente de agudizar la sensibilidad de los individuos respecto de la calidad del medio ambiente respectivo, y de despertar su interés por el mejoramiento comunitario.

Un alojamiento para la dimensión cultural

Cada individuo puede aportar un elemento único e insustituible a la composición del panorama comunitario. Lo más probable es que las aportaciones individuales revistan formas diferentes. En ciertos casos consistirán en itinerarios detallados de acontecimientos diarios o semanales. En otros, se tratará de sendas listas de las cosas que agradan y de las que desagradan. En otros, se aportarán piezas tales como viejas fotografías, artefactos, grabaciones de relatos verbales, objetos antiguos, mapas, discos fonográficos u otras cosas representativas de algún detalle memorable de la vida comunitaria. En todo caso, y a medida que vaya consolidándose el método y aumentando el número de esas aportaciones, hará falta disponer de un sitio donde alojar el fruto de esa actividad incipiente.

No puede aplicarse un criterio uniforme para la elección de ese sitio, que variará de una comunidad a otra, dependiendo en cada caso de factores muy diversos amplitud de la participación, naturaleza de los aportes de los ciudadanos, disponibilidad de espacios adecuados, grado en el que los habitantes se sienten responsables del destino comunitario, existencia de personas aptas para determinados menesteres y de un equipo audiovisual apropiado: Y dependerá también del carácter propio de la comunidad.

En ciertas comunidades, las actividades que integran el método de la dimensión cultural están siendo ya practicadas por instituciones de diversa índole y de distintas denominaciones: museos que reúnen y clasifican muestras de los productos manufacturados locales; universidades o colegios que graban relatos verbales hechos por personas residentes en la localidad desde hace mucho tiempo; cada una de esas instituciones cultiva un aspecto diferente del proceso. Lo mismo cabe

decir de los centros que suministran información acerca de ciertos servicios de carácter básico, y cuya participación tiene la mayor importancia. Al desempeñar tales funciones, dichas instituciones realizan una aportación de gran valor y, en consecuencia, se hallan en condiciones de proporcionar una sede adecuada al panorama cultural comunitario.

Y sin embargo, cuando sumamos todas estas actividades, descubrimos que falta lo más importante. No hay en nuestros días, prácticamente, ninguna comunidad en ningún lugar del mundo, que disponga de un centro al cual puedan los habitantes confiar sus aportaciones respectivas, a través del cual puedan intervenir activamente en el planeamiento del desarrollo de la comunidad como entidad dinámica, y del cual puedan recibir las informaciones coreográficamente combinadas en formas tales que expongan las diferentes dimensiones de la vida comunitaria. Por eso, es urgente crear en todas las comunidades centros de dimensión cultural del medio ambiente consagrados a reunir y exponer objetos interesantes dignos de conservarse; a armonizar los distintos tipos de mapas, paseos, excursiones, itinerarios y canje de datos, de modo que los habitantes y los forasteros puedan profundizar sus investigaciones; a emplear maquetas y modelos de planeamiento que ilustren en qué forma las modificaciones que se proponen, y las que se han producido ya, inciden en las características comunitarias, tanto de orden sensorial como de orden económico, social, político, estético o humano. De esa manera, los ciudadanos tendrán en todas partes la posibilidad de estimar por sí mismos la proporción de costos y beneficios atribuibles a cada una de las alteraciones de la existencia comunitaria, y dispondrán no solamente de los canales necesarios para dar a conocer su disconformidad con los cambios propuestos, sino también de los instrumentos adecuados para participar activamente en los futuros trabajos de perfeccionamiento de la comunidad. Se conseguirá, en esta forma, que el desarrollo comunitario sea cada vez menos la obra exclusiva de un grupito de políticos y de planificadores especializados y se canalice cada vez más en direcciones que correspondan a las necesidades reales del conjunto de los ciudadanos.

¿Cuáles son las instalaciones, el equipo material y el género de competencias personales, que tales centros necesitan para desplegar satisfactoriamente unas actividades tan diversas? Ello variará según las circunstancias locales. Un espacio amplio, confortable, de acceso libre, y en el cual sea posible colgar carteles y mapas, exponer modelos, grabar audiciones, reunir y ordenar objetos dignos de conservarse, y suministrar información sobre paseos y excursiones recomendados, sería el más adecuado a la finalidad que se persigue. Ese espacio debe

estar atendido por personas que posean las competencias apropiadas en materias tales como la fotografía, la cartografía, la documentación, la clasificación, el montaje de exposiciones y la preparación de excursiones. Sería sumamente útil la colaboración de ciertos especialistas locales: artistas, artesanos, bibliotecarios, historiadores, fotógrafos, expertos audiovisuales, cartógrafos municipales y directores de museos. Allí donde no sea posible constituir un centro de dimensión cultural con personalidad propia, debiera poder encontrarse en un museo, una biblioteca, un centro artístico o deportivo, o en el edificio del ayuntamiento, el espacio adecuado para instalarlo. Es, sin embargo, preferible —dada la enorme importancia que poseen estas actividades— alojarlos en un local independiente situado en el centro mismo de la comunidad, o cercano a él, incluso si el local de que se trata no ha sido construido con esa finalidad específica. La verdad es que la nave de una fábrica, un almacén o cualquier otro edificio, un hangar o una estación ferroviaria, si no se utilizan ya para los fines en función de los cuales fueron concebidos, pueden convertirse en lugares ideales donde recomponer el espejo roto llamado a reflejar, una vez restaurado, la imagen del conjunto de la comunidad.

Modelos de desarrollo

Cada comunidad constituye un microcosmos único, manifestación colectiva de la infinidad de eventos y de actividades que lo componen. Fijándonos en sus pequeños detalles —nomenclatura de las calles, emplazamiento de los comercios, trazado de los parques, ordenación de los sistemas y de las ramificaciones del transporte, conmemoración de determinados acontecimientos—, vemos que no hay dos comunidades idénticas. Pero en la medida en que cada una de ellas constituye, a la vez, un macrocosmos, muchas comunidades obedecen a modelos de desarrollo similares, y a través de ellas se transparentan maneras rutinarias y uniformes de ordenar los distintos aspectos de la existencia cotidiana. Tales modelos de desarrollo pueden ser clasificados en varios tipos, entre los cuales los más importantes son, con mucha diferencia, estos tres: el de los modelos impuestos, el de los modelos imitativos y el de los modelos originales. De un modo u otro, las comunidades son —en su mayoría— testimonios de alguno de estos tres tipos.

El de los modelos impuestos es el que se da con más frecuencia. En el plano de las relaciones internacionales, resulta muy fácil identificarlo como un producto del imperialismo: el método mediante el cual ciertas comunidades, por hallarse dotadas de un poder superior

—económico, político o militar—, están en condiciones de imponer su voluntad a otras comunidades. En casos tales, los valores, las instituciones y los procedimientos técnicos originarios de la comunidad dominante son impuestos a las comunidades subordinadas, ya sea por medio de la fuerza física, o mediante fórmulas sutiles de persuasión. Este modelo, que puede ser fruto de la acción de unas fuerzas que, a su vez, pueden ser exteriores o interiores a la comunidad, es en algunos casos producto de la acción de gobiernos o de grandes entidades que, empleando la seducción o las sanciones de diversas especies, se las arreglan para imponer su voluntad a las comunidades estratégicamente situadas, o ricas en recursos ventajosos. Puede también ser producto del trabajo de expertos extraños que, al llegar a la comunidad que los ha llamado, traen el deliberado propósito de aplicar programas muy ambiciosos. Puede, finalmente, ser producto de la política del alcalde o de otras autoridades locales decididas a llevar a cabo la realización de un determinado proyecto, que estiman beneficioso para la comunidad.

Tanto si es fruto de la acción de fuerzas exteriores, como si lo es de la de fuerzas del interior de la comunidad, el modelo impuesto suele obedecer a un criterio que únicamente comparten unas pocas personas encumbradas, que ocupan posiciones dominantes dentro o fuera de la comunidad. Ello no quiere decir que el modelo ha de ser, por fuerza, perturbador o contraproducente. Como consecuencia de la falta de técnicas adecuadas para detectar las necesidades comunitarias, los dirigentes locales se encuentran a menudo en la ingrata necesidad de adivinar lo mejor que pueden cuáles son esas necesidades, o de poner en práctica unos programas cuyos resultados finales son sumamente inciertos. Y toman muchas veces sus decisiones con una intención inmejorable. A lo cual hay que añadir que los resultados no siempre son malos. Si nos detenemos a considerar las realizaciones más importantes del mundo, descubriremos que muchas de ellas son obra de dirigentes que impusieron su propia visión de los problemas pasando por encima del criterio hostil de los ciudadanos; y que esa visión, tremendamente impopular al principio, recibe hoy un apoyo popular muy fuerte. El examen de la forma en que se han desarrollado muchas grandes ciudades confirma este aserto. El verdadero problema que plantean los modelos impuestos no estriba, pues, en que sus resultados sean perturbadores o contraproducentes, sino más bien en que esos modelos excluyen casi siempre a la mayoría del pueblo de toda participación en el proceso de desarrollo.

Si los modelos impuestos se caracterizan por la exclusión, los modelos imitativos se caracterizan por el conformismo. Lo que este

tipo de modelos hace es, efectivamente, copiar algo que ya existe en otro sitio: muy a menudo, algo que ya existe en un sitio geográficamente muy cercano. Como ocurre con los modelos impuestos, también los imitativos tienen sus ventajas y sus insuficiencias. Sería un error argumentar que lo que sucede en una comunidad no tiene valor ni importancia para otra, o que una comunidad forzosamente ha de salir perjudicada si se pone a copiar lo que ha tenido éxito en otro sitio. Una parte considerable del desarrollo humano se debe a las enseñanzas extraídas de los éxitos y de los fracasos ajenos. Por otra parte, los modelos imitativos pueden también producir resultados inesperados: lo que comienza siendo una imitación de baja calidad, puede acabar constituyendo una innovación de alta categoría, como lo acredita cualquier ojeada que echemos al progreso técnico registrado en el Japón después de la segunda guerra mundial. Tales experiencias son, sin embargo, poco frecuentes. Lo más corriente es que las comunidades donde se aplican modelos imitativos caigan en una trampa. Porque una de dos: la imitación, o bien genera un elemento extraño que nunca llega a adecuarse al nuevo entorno con tanta perfección como se ajustó al entorno original del que procede, o bien resulta ser de una simplicidad excesiva y usurpa la función que le habría correspondido desempeñar a una fuerza procedente del interior de la comunidad y dotada de mayor capacidad creadora. En cualquiera de los dos casos, el efecto que se obtiene es, muy a menudo, un desarrollo más superficial que sustancial.

Así como los modelos de desarrollo impuestos o imitativos suelen parecer artificiales, caben en cambio pocas dudas acerca del sello de autenticidad que lleva impreso el desarrollo original. Pese a ello, este desarrollo puede costar caro. En efecto: cavando profundamente en el terreno que constituye el sustento mismo de la comunidad, y explorando y hurgando en todos los recovecos y grietas de la vida local, el desarrollo original puede engendrar un fenomenal desbarajuste. Es capaz de suscitar conflictos entre los grupos y hostilidad entre las facciones. De los tres tipos de modelos de desarrollo comunitario que estamos aquí considerando, es éste el que, por ende, produce las modificaciones más hondas, las cuales pueden ser a veces excesivamente dolorosas de soportar. Tal es la razón de que sea asimismo, y con mucha diferencia, el tipo menos frecuente y, al propio tiempo, el más difícil de llevar a la práctica. En cambio, una vez convertido en realidad, puede resultar también el más provechoso. Porque no sólo es el que mejor satisface las necesidades culturales reales de los ciudadanos y de las comunidades, sino que es igualmente el que requiere mayor participación pública en el proceso de desarrollo. Con lo cual,

no representa realmente uno de los términos de una alternativa cuyos otros términos serían el desarrollo imitativo y el impuesto, sino que —como no deja ni una sola piedra por remover en su búsqueda de soluciones genuinas a los problemas más perentorios— lo que hace es, simplemente, profundizar más que cualquier otro método o modelo. De manera que implica mayores riesgos, pero promete beneficios más sustanciosos.

Además de responder a las necesidades reales de las comunidades, y de estimular la participación máxima de los ciudadanos en el proceso de desarrollo, el modelo original resuelve otros varios problemas apremiantes. Satisface, en primer lugar, la exigencia de autoidentificación que constituye la base de gran parte de las aspiraciones que se manifiestan actualmente en cuanto al desarrollo cultural. Se halla, en efecto, lejos de ser una coincidencia el hecho de que mucho de cuanto hoy se escribe acerca de este desarrollo esté constituido por alegatos en favor de una descentralización y de una autoafirmación más acusadas. De un modo u otro, tanto la descentralización como la autoafirmación están estrechamente vinculadas al requerimiento de un modelo original de desarrollo. Cuando se preconiza la descentralización, se invoca la necesidad de que la elaboración y la adopción de las decisiones obedezcan a la acción de fuerzas internas en lugar de obedecer a la de fuerzas exteriores; y cuando se preconiza la autoafirmación, se invoca la necesidad de una expresión más auténtica. Concurrentemente, el desarrollo original satisface asimismo esa aspiración a la diversidad y esa reacción contra el conformismo que son partes integrantes de la literatura contemporánea consagrada al desarrollo cultural.

A consecuencia de la acumulación de poder que engendra la técnica moderna, así como de la irresistible influencia de los medios de comunicación social, el mundo corre el peligro de caer en la unicultura: una cultura homogénea, dentro de cuyo marco los productos de consumo, los alimentos, las formas del vestido, las líneas arquitectónicas y los modos de vida se parezcan cada día más unos a otros. El universo uniformado y moldeable, que sería el producto de esa unicultura, se perfila en la imaginación humana de un modo cada vez más aterrador. Frente a su amenaza, el modelo original de desarrollo —al poner el acento en lo que es único, auténtico y creador— nos promete un mundo enriquecido por su diversidad y humanizado por su concepción global de la sociedad.

Hacia una dimensión cultural mundial

La evidencia nos dice que, en el siglo xx, las comunidades están llamadas a desempeñar una función primordial en lo que respecta a la calidad de la vida que ha de llevar en el porvenir la gran mayoría de los habitantes del mundo. Más de la mitad de la población mundial reside ya en comunidades de características y dimensiones muy diversas. Es más: conforme aumenta esa población, y a medida que se inventan y se aplican nuevas técnicas que liberan progresivamente a los moradores de las zonas rurales, las comunidades de todas clases —desde los villorrios y las aldeas, hasta las grandes concentraciones urbanas— están llamadas a tener una importancia creciente, con lo que no hará sino continuar el proceso que se inició en los albores mismos de la historia.

Se ha dicho mil veces que cada pueblo tiene el gobierno y el régimen político que merece. Lo que es cierto en lo relativo a gobiernos y regímenes políticos, lo es también en lo que a las comunidades se refiere. Las poblaciones tendrán las comunidades que ellas merezcan: el que estas comunidades resulten ser fuentes de alegría y de inspiración o, al contrario, de depravación y de miseria, dependerá ante todo de la capacidad colectiva de las poblaciones respectivas para utilizar inteligentemente el espacio de que disponen y para tomar decisiones eficaces acerca de los cambios que sus comunidades habrán de experimentar.

Dícese a menudo que la casa es un castillo para sus moradores. ¿En qué sentido es esto cierto? Lo es, sin duda, en el sentido de que la mayoría de las personas se sienten estrechamente vinculadas a su vivienda, cualesquiera sean su fortuna y su condición social. Esa vinculación reviste en la práctica formas muy diversas: para los ricos, significa colaborar con los arquitectos en la concepción de la disposición del edificio y en la confección de sus planos, supervisar los trabajos de construcción, y compartir con los decoradores la tarea de escoger el mobiliario y la ornamentación interior. Para los menos pudientes, puede significar muchísimas cosas: desde cambiar la disposición de los muebles, plantar un jardincillo, colgar un cuadro, colocar una pieza de artesanía para embellecer un espacio determinado o poner una alfombra para dar calor a un aposento, hasta barrer los suelos y fregar las paredes para conservar la casa limpia y libre de insectos sucios y molestos. En todo caso, y esto es lo importante, las personas hacen de su casa cuestión de amor propio. En el arreglo y la ordenación de los objetos que componen su entorno doméstico, encuentran la manera de liberar sus energías creadoras. Y ese entorno corresponde a los cuidados y a la atención que se le dispensan, convirtiéndose en un lugar

donde es posible hallar tranquilidad, comodidad, seguridad y, sobre todo, felicidad.

Lo que ha sido y es verdad por lo que al hogar doméstico se refiere, tiene que serlo también en el porvenir, por lo que a las comunidades concierne. En efecto, hace falta que las comunidades se conviertan a su vez en los castillos de sus moradores respectivos: que sean conocidas por éstos tan íntimamente, y atendidas por ellos con tanto cariño y tanta solicitud, hasta en los menores detalles, como son conocidas y atendidas sus viviendas. Porque sólo así será posible crear marcos de vida decentes y gratos para la población mundial, cuyo número aumenta tan aprisa. Tal es la razón por la cual la atención a la dimensión cultural del medio ambiente posee una importancia tan grande. Con este método se llega al meollo de los problemas comunitarios. En el plano de la supervivencia, analiza las condiciones fundamentales del alojamiento humano e informa acerca de ellas: desde las circunstancias higiénicas, la red de saneamiento y la suficiencia o insuficiencia del acondicionamiento de las viviendas, hasta las necesidades básicas en materia de transporte y de comunicación. En el plano sensorial, aporta pruebas documentales de los peligros que engendra un grado excesivo de contaminación visual, auditiva, olfativa y táctil. En los planos estético y humano, denuncia las principales deficiencias que padecen la cantidad de los servicios y la calidad de la vida. Pero el ojo crítico del método no se limita a denunciar problemas, sino que indica además los caminos por donde se ha de llegar a resolverlos. Logrando interesar a las personas en todo lo que a su entorno se refiere, y vincularlas a las tareas relacionadas con éste, suscita el ímpetu inicial necesario para abordar resueltamente los más enojosos problemas. Permitiendo hacer cálculos más ajustados a la realidad en materia de costos y beneficios, ayuda a acelerar el paso de la fase de estudio a la fase activa: apresura así una acción capaz de eliminar muchos de los aspectos perturbadores de la vida local, y de hacer todavía más gratos muchos de sus aspectos placenteros.

La intervención de los ciudadanos en el proceso de la dimensión cultural entraña otra ventaja importante porque contribuye a fomentar el mejor entendimiento entre los pueblos y el respeto a las distintas tradiciones culturales. Es evidente que, si este método se aplicase en cuatro o cinco comunidades situadas en diferentes partes del mundo, sus resultados serían enteramente distintos. La razón de ello reside en el hecho de que la importancia atribuida a las diversas capacidades sensoriales y a los diferentes valores culturales varía mucho de un punto a otro del planeta. En ciertas culturas —entre ellas, las occidentales— predomina lo visual. En otras, de Asia y de África, lo sonoro

desempeña una función más importante, lo cual explica el significado que allí posee la tradición oral, y el creciente deseo de preservarla. En otras, finalmente —por ejemplo, en las del Oriente Medio—, el olfato puede representar un papel de mayor importancia. Lo mismo que la gran tradición oral, la tradición olfativa —cuya mejor expresión condensada la tenemos quizás en las fragancias que exhala un mercado del Oriente Medio— denota una jerarquía sensorial distinta. Lo que es cierto en materia de jerarquías sensoriales, lo es igualmente en lo tocante a los otros ingredientes culturales —naturales, científicos, históricos, sociales, económicos, políticos y estéticos— que, reunidos, componen el panorama de la cultura.

En el plano internacional, no cabe duda de que todas esas variedades sensoriales y culturales merecen ser preservadas y ampliadas. Lo que tenemos que abandonar es el prejuicio de que hay culturas inferiores y culturas superiores. A lo que tenemos que tender es a darnos cuenta de que las culturas no son mejores ni peores, sino —sencillamente— diferentes: y precisamente porque son diferentes es por lo que merecen ser respetadas y preservadas. Al destacar esas diferencias, el estudio de la dimensión cultural del medio ambiente, a escala mundial, reconoce la importancia de todas las comunidades y de todas las culturas, sean cuales fueren su dimensión física y su condición legal respectivas, y su localización en la geografía del planeta.

Selección de textos relativos al tema

- H.T. Bourdillon. *Decentralization of cultural promotion at decision-making levels*. Estrasburgo, Consejo de Europa, 1974.
- Comisión Estadística y Comisión Económica para Europa. *Time and time-budgets in the context of a system of social and demographic statistics*. París, Unesco, 1974.
- Consejo de Europa. *Summary of programs. Experimental study of the cultural development of European towns*. Estrasburgo, 1972.
- . *Animation: implications of a policy of socio-cultural community development*. Estrasburgo, 1974.
- Frederik Frank. *The Zen of seeing*. New York, Vintage Books, 1973.
- Augustin Girard. *Cultural development: experience and policies*. París, Unesco, 1972.
- Walter Gropius. *Alcances de la arquitectura integral*. Buenos Aires, La Isla.
- L. Mumford. *La cultura de las ciudades*. Buenos Aires, Emecé, 1959.
- R.M. Schafer. *Ear cleaning: notes for an experimental music course*. London, Universal Edition, 1973.
- . *The music of the environment*. Vienna, Universal Edition, 1973. (Publicado por primera vez en *Cultures*, vol. I, n.º 1, 1973, Unesco/La Baconnière.)
- . *The book of noise*. Vancouver, Price Printing, 1970.
- . "El mundo del sonido. Los sonidos del mundo", en *El Correo de la Unesco*, noviembre de 1976. (El número está enteramente dedicado al tema del sonido.)

- Annabel Slaight (ed.) *Exploring Toronto*. Toronto, Architecture Canada, 1972.
- A. Szalai. *The use of time: daily activity of urban and suburban populations in twelve countries*. The Hague, European Co-ordination Centre, 1972.
- Unesco. *Cultural rights as human rights*. Paris, Unesco, 1970.
- Universidad de Wisconsin. *Arts in society*, vol. 8, n.º 2: "The arts and the human environment". Research studies and development in the arts. University extension. The University of Wisconsin, 1971.
- Barbara Ward. *Human settlements: crisis and opportunity*. Ottawa, Information Canada, 1975.
- World Soundscape Project. *The Vancouver soundscape*. Sonic Research Studio. Burnaby, British Columbia, Simon Fraser University, 1973.